



Capítulo 1

Londres, abril de 1817

EL DÍA EN QUE EL ESCOCÉS LLEGÓ AL BAILE DE LADY Feddrington, la hermana de Annabel decidió entregarle su virtud, y Annabel decidió *no* entregarle su mano en matrimonio.

En ninguno de los dos casos había dado el escocés muestra especial alguna de interés en emprender tales íntimas actividades con cualquiera de las hermanas Essex, pero su participación fue dada por supuesta. Naturalmente, ambas decisiones fueron tomadas en la sala reservada para las damas, que es donde suceden las cosas importantes en un baile.

Ocurrió durante esas horas intermedias en que la emoción inicial se ha desvanecido y las mujeres notan la incómoda sensación de que tienen la nariz llena de brillos y los labios pálidos. Annabel espió en la sala y vio que estaba vacía, de modo que se sentó frente al enorme tocador con espejo y comenzó a tratar de sujetar con horquillas sus indisciplinados rizos para que permanecieran por encima de sus hombros du-

rante el resto de la noche. Su hermana Imogen, lady Maitland, se desplomó junto a ella.

—Este baile no es más que un caldo de cultivo para parásitos —anunció mirando con el ceño fruncido su propia imagen—. Lord Beekman me ha pedido dos veces que bailara con él. Como si yo tuviera la más remota intención de bailar con ese pequeño sapo regordete. Tendría que buscar en un nivel inferior... Tal vez en la despensa.

Se la veía magnífica, con algunos rizos negros y brillantes cayendo sobre sus hombros y el resto sujetos muy alto en la cabeza. Le centelleaban los ojos por el desagrado que le causaba recibir tantas atenciones indeseadas. En suma, presentaba la magnífica furia de una Helena de Troya raptada por los griegos y arrancada de su patria.

«Debe de ser bastante molesto», pensó Annabel, «no tener ningún lugar donde dirigir toda esa emoción, salvo hacia unos caballeros que lo más despreciable que llegan a hacer es pedirle a una que baile con ellos».

—Siempre cabe la posibilidad de que nadie le haya dicho al pobre sapito que lady Maitland es una persona de muy alto nivel. —Lo dijo con la mayor ligereza de que fue capaz, ya que el luto había convertido a Imogen en una persona casi desconocida para ellas.

Imogen le lanzó una mirada impaciente mientras retorció uno de sus rizos sobre el hombro para que cayera seductoramente sobre su pecho.

—No seas tonta, Annabel. Beekman está interesado en mi fortuna y nada más.

Annabel levantó una ceja en dirección al prácticamente inexistente corpiño de Imogen.

—¿Nada más?

El atisbo de una sonrisa asomó a los labios de la joven, una de las pocas que su hermana había visto en los últimos meses. Imogen había perdido a su marido el mes de septiembre anterior y, después de los primeros seis meses de luto, había ido a visitar a Annabel a Londres para la temporada social. Allí se divertía escandalizando a las viudas respetables de

la sociedad elegante haciendo alarde de un vestuario repleto de ropas de luto cortadas de manera tal que dejaban poco de su figura a la imaginación.

—Debes contar con que atraerás la atención de muchos caballeros —señaló Annabel—. Después de todo, estás vestida para eso. —Dejó que una nota de sarcasmo se deslizara en su tono de voz.

—¿Crees que debería encargar otro de estos vestidos? —preguntó Imogen, mirándose al espejo. Hizo un seductor movimiento de hombros y el corpiño bajó todavía un poco más sobre su pecho. Su vestido era de faya negra, una tela perfectamente respetable para una viuda, pero se diría que la modista había puesto todo su empeño en ahorrar tejido, pues no era nada más que un retazo de tela que se adhería perfectamente a cada curva de su esbelta silueta. El detalle más importante era un diminuto recamado de plumas blancas alrededor del corpiño. Éstas destacaban sobre los senos de Imogen y hacían que todo hombre que las mirara prestara una inusitada atención al viento reinante.

—No creo que a nadie pudiera hacerle falta más de un vestido con ese diseño —observó Annabel.

—Madame Badeau amenaza con hacer otro. No hace más que decirme que tendría que vender dos para justificar su diseño. Y no me gustaría ver a otra mujer vestida igual que yo.

—Eso es absurdo —comentó Annabel—. Muchas mujeres tienen vestidos con el mismo diseño. Nadie se dará cuenta.

—Todos se dan cuenta de qué es lo que llevo —replicó Imogen, y había que admitir que decía una indiscutible verdad.

—Es un puro capricho encargar otro vestido sólo para dejar que duerma olvidado en tu guardarropa.

Imogen se encogió de hombros. Su marido había fallecido relativamente pobre, pero luego su suegra había caído en una profunda depresión para morir un mes después que su hijo. Lady Clarice había dejado su propiedad personal a su nuera, convirtiendo a Imogen en una de las viudas más adineradas de toda Inglaterra.

—Entonces le diré que te haga el vestido a ti. Pero debes prometerme que lo usarás sólo en el campo, donde nadie de importancia pueda verlo.

—Ese vestido se me caerá hasta el ombligo cuando me agache, lo cual no me parece muy conveniente para una debutante.

—No eres una debutante común y corriente —objetó Imogen—, eres mayor que yo y con veintidós años cumplidos, acuérdate.

Annabel contó hasta diez. Imogen estaba de duelo. Sólo que sería deseable que el dolor no la volviera tan... tan cruel.

—¿Regresamos con lady Griselda? —propuso, poniéndose de pie y mirándose al espejo una última vez.

Repentinamente Imogen se apoyó sobre su hombro, riendo a modo de disculpa.

—Lamento ser tan picajosa. Eres la mujer más hermosa del baile, Annabel. Mira el espejo. Tú estás deslumbrante y yo parezco un cuervo viejo.

Annabel sonrió con gusto ante eso.

—No eres un cuervo. —Había cierto parecido en sus facciones. Ambas tenían ojos rasgados y pómulos altos. Pero mientras el pelo de Imogen era negro azabache, el de Annabel tenía el color de la miel. Y mientras en el caso de su hermana su mayor atractivo residía en aquellos ojos hechiceros, Annabel sabía muy bien que su fuerza consistía en su actitud, a medias inocente a medias insinuante, que ningún hombre era capaz de resistir.

Imogen colocó otro rizo en la curva de su pecho. Se veía un poco raro, pero no merecía la pena provocar el variable humor de la joven por una cosa tan fútil, así que Annabel contuvo su lengua.

—He decidido tener un coqueteo —anunció Imogen repentinamente—. Aunque sólo sea para mantener alejado a Beekman.

—¿Qué? —reaccionó Annabel—. ¿Un qué?

—Un caballero galante —explicó Imogen con impaciencia—. Un hombre que me acompañe.

—¿Estás pensando en casarte otra vez? —Annabel estaba realmente sorprendida. Hasta donde sabía, Imogen todavía se deshacía en lágrimas todas las noches por la muerte de su marido.

—Nunca —respondió Imogen—. Lo sabes bien. Pero tampoco pienso permitir que tontos como Beekman me estropeen mis diversiones. —Sus ojos se encontraron en el espejo—. Creo que elegiré a Mayne. Y no estoy hablando de matrimonio.

—¡Mayne! —exclamó casi ahogada Annabel—. ¡No puedes hacerlo!

—Por supuesto que puedo —replicó Imogen, con aspecto divertido—. No hay nada que me impida hacer lo que deseo. Y creo que deseo al conde de Mayne.

—¿Cómo puedes siquiera considerar tal cosa? ¡Plantó a nuestra propia hermana prácticamente en el altar!

—¿Estás insinuando que Tess estaría mejor con Mayne que con Felton? Adora a su marido —señaló Imogen.

—Por supuesto que no. ¡Pero eso no modifica el hecho de que Mayne la abandonara!

—No he olvidado esa cuestión.

—Entonces, por el amor de Dios, ¿por qué él?

Imogen le dirigió una mirada de desprecio.

—¿De verdad tienes que preguntarlo?

—Para castigarlo —conjeturó Annabel—. No lo hagas, Imogen.

—¿Por qué no? —Imogen se puso de lado y observó su figura. Era exquisita en cada curva. Y cada curva resultaba visible—. Estoy aburrida.

Annabel advirtió un destello de crueldad en los ojos de su hermana y la agarró del brazo.

—No lo hagas. No dudo de que puedes hacer que Mayne se enamore de ti.

Los blancos dientes de Imogen brillaron cuando sonrió.

—Yo tampoco.

—Pero tú también podrías enamorarte de él.

—Eso es inconcebible.

En realidad, Annabel tampoco creía que Imogen pudiera enamorarse otra vez. Su corazón parecía haberse recubierto de hielo después de la muerte de su marido y llevaría algún tiempo que éste se derritiera.

—Por favor —insistió—. No lo hagas, Imogen. No me preocupa Mayne, pero sé que no sería bueno para ti.

—Dado que no eres más que una doncella —replicó Imogen con su nueva sonrisa mordaz— no tienes la menor idea de lo que sería bueno para mí, por lo menos en lo que a hombres se refiere. Podemos retomar esta conversación cuando tengas alguna experiencia de lo que significa ser una mujer.

Evidentemente, Imogen estaba deseando iniciar una batalla campal como las que solían tener cuando eran niñas. Pero cuando Annabel estaba a punto de devolverle una réplica mordaz, la puerta se abrió y su dama de compañía, lady Griselda Willoughby, entró alegremente.

—¡Queridas mías! —trinó—. ¡Os he estado buscando por todas partes! El duque de Clarence ha llegado y...

Cortó en seco cuando sus ojos pasaron de la expresión furiosa de Annabel al rostro rígido de Imogen.

—Ah —suspiró, sentándose y ajustando su exquisito chal de seda alrededor de sus hombros—, os estáis peleando otra vez. ¡Cómo me alegra tener un solo hermano para atormentarme!

—Su hermano —replicó Imogen chasqueando los dedos— difícilmente es alguien que uno desearía tener como miembro de la familia. A decir verdad, estábamos hablando de él y de sus numerosas virtudes. O mejor dicho, de su falta de ellas.

—No tengo la menor duda de que vuestra evaluación es la correcta —dijo Griselda serenamente—, pero ése ha sido un comentario sumamente desagradable, querida. Advierto que cuando estás enfadada tu nariz se vuelve extremadamente brillante... Tal vez deberías pensar en eso.

La nariz de Imogen relució en todo su esplendor.

—Dado que no tengo ninguna duda de que usted también desea reprenderme, es mejor que le diga que he decidido tener un galanteo.